

que serían bien acogidos por sus habitantes, que habían sido aliados de los españoles durante la conquista. Aquellos excelentes sacerdotes emprendieron el viaje á pie, descalzos y sin más apoyo que el báculo que cada uno llevaba en la mano. Grandes fueron las incomodidades que experimentaron durante su marcha, por la estrechez de los caminos y por el calor, que se aumentaba con la espesura de la selva y con unas capas de pieles con que tuvieron necesidad de cubrirse para preservar sus hábitos de la maleza y de las espinas. Añádase á todo esto la incertidumbre que debía preocuparlos sobre la manera con que serían recibidos en Maní. Hasta allí habían ejercido su misión en poblaciones donde la presencia de sus compatriotas, que acababan de sojuzgar el país, era un escudo que los protegía contra el odio de los fanáticos, que persigue siempre á los apóstoles de una nueva doctrina. Ahora iban á predicar el Cristianismo á una región donde todavía no se había establecido ningún español, y que, aunque había sido amiga durante la guerra, podría ahora conmoverse contra los que iban á arrojar de sus altares á los dioses patrios.

Pero ninguna de estas consideraciones bastó para detener á los dos franciscanos, los cuales llegaron al término de su viaje con esa fe que acompaña siempre á los que se creen investidos de una misión sagrada. Convocaron desde luego á los señores principales de la provincia, invocando acaso el nombre del Adelantado, que tenía allí el doble carácter de jefe de la Colonia y encomendero. Por esta razón probablemente ninguno dejó de acudir á la cita, y luego que todos estuvieron reunidos, Villalpando, según costumbre, pronunció en lengua maya un discurso en que, después de exponer brevemente los principios de la nueva religión, pidió que se le construyese una iglesia y un convento en que pudiese catequizar más cómodamente á sus oyentes. No se negaron los caciques á esta exigencia, que, como se

recordará, les había sido previamente recomendada por Montejo, y al día siguiente los misioneros presenciaron un espectáculo bastante extraño para un europeo. Dos mil indios se presentaron en Maní, y habiéndose distribuido mutuamente el trabajo y salido del pueblo por algunas horas, volvieron luego, trayendo palmas de *guano*, madera y *vejucos* que acababan de cortar en los bosques vecinos. En seguida se pusieron á construir su obra, y cuando llegó la noche, ya los religiosos tenían iglesia y habitación, sin que en fábrica tan singular se hubiese empleado un solo clavo ni material alguno que costase un óbolo á nadie.

Tenían lugar estos sucesos en los últimos días del año 1547, y cuando comenzó el siguiente ya los franciscanos habían comenzado su propaganda, empleando los mismos medios que en Mérida y Campeche. Consiguieron muchos niños, á quienes educaban en su convento, y predicaban en público para atraerse á los adultos. Parecía que el cielo bendecía ya sus esfuerzos, porque los gentiles, en vez de irritarse contra estos innovadores del culto nacional, comenzaban á escucharlos con atención y algunos habían ingresado ya al seno del Cristianismo. Pero entonces ocurrió un incidente que por poco hace terminar de una manera trágica una obra comenzada bajo tan felices auspicios. Se asegura que solicitaron el bautismo algunos señores que poseían esclavos, y que Villalpando les respondió que sólo se los administraría en el caso de que se deshiciesen de aquellos desgraciados, dándoles la libertad. Pronunció con este motivo un discurso contra la esclavitud—conducta que no dejaba de ofrecer un extraño contraste con la que antes habían observado sus compatriotas, los conquistadores—y los indios, temiendo que estas doctrinas sublevasen á sus siervos, resolvieron asesinar á los que las predicaban. Los religiosos tuvieron noticia de lo que se intentaba por un conducto que Cogolludo no vacila en llamar milagroso.

Uno de los niños que se educaban en el convento preguntó

repentinamente un día á Villalpando si la vida era preferible á la muerte, ó al contrario. La pregunta parecía extraña en los labios de un niño de pocos años, y el misionero, á quien llamó fuertemente la atención, respondió:—La vida es preferible (4).—Pues si deseas conservar la tuya, repuso el muchacho, es necesario que huyas. Algunos señores han resuelto tu muerte, y en la noche de hoy quemarán tu iglesia y tu convento para que perezcas bajo las llamas.—Grande impresión debió causar esta noticia en el ánimo del religioso, porque por mucho que se aspire á la palma del martirio, siempre hace temblar á cualquier mortal la proximidad de la muerte. Pero se revistió de serenidad á los ojos de su discípulo, y le despidió diciéndole que volviese al día siguiente al convento, donde no le faltarian motivos para admirar los efectos de la protección divina.

Corrió en seguida á buscar á su colaborador y le refirió lo que acababa de averiguar. Tembló Benavente ante el género de suplicio que le preparaban los idólatras; pero Villalpando le fortaleció diciéndole que el martirio era el término más glorioso de la vida de un misionero. Corrieron ambos á su pobre iglesia; se confesaron mutuamente, y después de haber pasado todo el día en oración, se encerraron en su choza de paja, resueltos á aguardar en ella la muerte. Sosteníanse en su entereza recordando algunos pasajes de la Biblia y otros de la vida de los mártires, análogos á su situación.

Transcurrió la primera mitad de la noche en un silencio absoluto. Pero cuando los frailes comenzaban tal vez á hacerse la ilusión de que los indios habrían abandonado su intento, dejóse oír una gritería inmensa que se aproximaba á la choza, la cual no tardó en hallarse cercada por un gran

(4) COGOLLUDO intenta disculpar con algunas sutilezas esta respuesta del misionero, que, según parece, no es muy conforme á las doctrinas teológicas.

número de los asesinos. Estos traían en sus manos arcos, flechas, espadas y teas encendidas, que iluminaban con resplandores siniestros el lugar de la escena. Los misioneros, que todo lo veían al través de la empalizada con que estaban formadas las paredes de su choza, cayeron de rodillas, cada uno con una cruz en la mano, esperando verse de un momento á otro circundados de llamas. Llegó á sus oídos un catálogo de improperios con que se les insultaba antes del suplicio, y la palabra *embusteros* era la que generalmente resonaba entre las otras. Pero repentinamente cesó todo ruido; la luz de las teas dejó de colarse por las rendijas, y la calma se restableció en rededor de la cabaña.

Los religiosos estaban ya dispuestos á creer en algún milagro de la Providencia, cuando oyeron pisadas de caballos y en seguida algunas voces españolas, entre las cuales distinguieron sus nombres. Abrieron apresuradamente su puerta, y se encontraron con un destacamento de sus compatriotas, cuya aproximación, sentida sin duda por los indios, había motivado su retirada. Villalpando quiso saber el motivo que obligaba á viajar á esta fuerza, y supo del *caudillo* (5) que pocos días antes había circulado en Mérida la noticia de que los indios de *Petú* (6) se habían sublevado, y que con este motivo D. Francisco de Montejo le había ordenado que pasase á aquella población para reducirla al orden. Hay de particular en este episodio que la sublevación de Petú resultó falsa y que el jefe que conducía la fuerza había tomado la vía de Maní, que no es ciertamente la usual, sin saber él mismo el motivo. Mal conocería el espíritu de la época de que hablamos el que no comprendiese que desde

(5) Así se llamaba en aquella época, según COGOLLUDO, al jefe de cualquier destacamento que salía á campaña, cualquiera que fuese el número de soldados de que se componía.

(6) Tal era el nombre indígena de la villa conocida hoy con el nombre de Peto.

luego se atribuyó á milagro la intervención directa que la Providencia parecía haber tomado en favor de los religiosos.

Al día siguiente de este suceso, el caudillo dió cuenta al Adelantado de lo que pasaba, y entretanto se quedó en Maní, porque los autores del tumulto y sus cómplices habían corrido á ocultarse en los bosques y en las montañas vecinas (7). Además, todo el pueblo parecía sustraído á la obediencia del gobierno español; porque habiendo tocado Villalpando la campana para llamar á sus discípulos, no vino ninguno de los que acostumbraban concurrir á sus pláticas. Solamente se le presentó el niño que le había revelado el complot, el cual corrió á abrazarle, felicitándole de haber escapado del peligro que había corrido la noche anterior.

Montejo ordenó que fuesen aprehendidos los jefes principales del tumulto y que se los enviasen á Mérida para ser juzgados. No hubiera sido fácil cumplir con la primera parte de esta orden, si no hubiese prestado su cooperación un cacique llamado *Kukum Xiu*, que probablemente sería hijo ó hermano del que seis años antes se había sometido voluntariamente al yugo español. Veintisiete fueron reducidos á prisión, y el caudillo, con una mitad de su fuerza, los condujo á Mérida, temeroso de que si fiaba á otro su guarda podían fugarse. Villalpando dejó á Benavente en Maní y siguió á los presos, porque había formado en su imaginación un proyecto para captarse las simpatías de los indios.

El tribunal á cuyo conocimiento se sujetó el asunto, condenó á los delincuentes á ser quemados vivos. Este terrible suplicio, desconocido en la legislación penal de los ma-

(7) LIZAMA, citado por el mismo COGOLLUDO, cree que los sucesos de que venimos hablando tuvieron lugar en Oxkutzcab. Este refugio que los autores del tumulto buscaron en la sierra, sería la única razón, bien débil por cierto, para creer en la probabilidad de esta versión.

yas, fué cruelmente calculado para infundir terror en la raza conquistada. Felizmente no se trataba mas que de una comedia, concertada de antemano entre el misionero y el Adelantado, que nunca fué ciertamente amigo de erigir cadalsos. Encendióse una hoguera inmensa en la plaza principal de Mérida, y los sentenciados fueron conducidos ante ella, luego que se les sacó de la cárcel. Pero Villalpando se arrojó en este momento á los pies de Montejo, y en voz alta, para que todos lo oyesen, pidió la vida de los que habían intentado asesinarle. El jefe de la Colonia fingió resistirse por algún tiempo á este acto de clemencia; pero aparentando al fin acceder á los ruegos del que le importunaba, ordenó que le entregaran los presos para que hiciera de ellos lo que quisiese. Villalpando se los llevó á su convento, desató las cuerdas con que hasta entonces se hallaban atados, les dió de comer espléndidamente y en seguida los despachó para su pueblo, diciéndoles que quedaban en completa libertad.

Ignoramos si los agraciados acertaron á penetrar nunca la farsa de que habían sido objeto. Pero Cogolludo asegura que llegaron á Maní, publicando que el padre Villalpando era un santo, pues en vez de pedir justicia contra ellos, había solicitado su indulto. Este incidente cambió completamente el ánimo de los indios, y cuando el comisario volvió á aquella región del país, fué recibido con señales de amor y gratitud. Los catecúmenos volvieron á asistir á sus pláticas; los dueños de esclavos comenzaron á deshacerse de ellos, dándoles la libertad, y el agua del bautismo corrió con abundancia en aquella antigua tierra de infieles. El cacique se inscribió en el registro parroquial con el nombre de D. Francisco Xiu, como un homenaje que tributaba al jefe de la conquista.

Cuando más entretenidos se hallaban Villalpando y Benavente en el desempeño de su misión, presentáronse en Campeche otros seis franciscanos, que enviaba á Yucatán

el comisario general de la Orden, que residía en México. Villalpando dejó á su compañero en Maní, y á pie y descalzo, según acostumbraba, salió al encuentro de sus hermanos. Encontrólos en las inmediaciones de aquella villa, y juntos todos se vinieron á Mérida, desde donde debían repartirse á predicar por toda la tierra, previo el estudio de la lengua maya.

Sin perjuicio de ocuparnos más adelante de algunos trabajos de estos nuevos misioneros, volvamos ahora los ojos al gobierno civil de la Colonia, donde por aquella época acontecieron sucesos que no carecen de importancia.

CAPÍTULO V

1549-1559

Residencia del Adelantado Montejo.—Causas que la motivaron.—Es despojado del gobierno.—Pasa á España, donde le sorprende la muerte.—Reclamaciones que entablan sus herederos contra la Corona.—Su éxito.—Administración de varios alcaldes mayores.—Sucesos notables de su época.—Los hermanos Pacheco y Zapata.—Singular penitencia que les impone el papa.

Corría el año 1549, cuando desembarcó en Campeche un personaje que causó honda sensación en la Colonia. Era el licenciado Santillán (1), oidor de la Real Audiencia de México, el cual traía la misión especial de residenciar á D. Francisco de Montejo, padre, por todo el tiempo que había gobernado á Yucatán. Luego que el Adelantado tuvo noticia de su llegada, dispuso que su hijo y otros vecinos principales de Mérida pasasen á aquel puerto á cumplimentarle. El oidor recibió con modales llenos de cortesía á estos comisionados, y en unión de ellos se dirigió á la capital de la Colonia. Pocos días después hizo publicar la residencia, y se avocó el gobierno, conforme á las instrucciones que te-

(1) LIZAMA llama *Herrera* á este licenciado, el primero acaso que pisó esta tierra, porque, como recordará el lector, estaba vedado á los de su profesión pasar á las Américas. COGOLLUDO da buenas razones para creer que tenía el nombre que le hemos dado en el texto.